

# LECTURA OBLIGATORIA

Carlos Durá Herrero



TABARCA NARRATIVA

**TABARCA NARRATIVA, 3**

# **LECTURA OBLIGATORIA**

**Carlos Durá Herrero**



Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida, de ninguna manera ni por ningún medio sin la autorización previa y escrita del editor; salvo las citas en medios de comunicación o libros si se menciona la procedencia.

© De esta edición: Tabarca Llibres, 2019  
Avda. Ausiàs March, 184. 46026 València  
Tel. 963 186 007 - Fax: 963 186 432  
[www.tabarcallibres.com](http://www.tabarcallibres.com)  
e-mail: [info@tabarcallibres.com](mailto:info@tabarcallibres.com)

© Del texto: Carlos Durá Herrero  
Obra traducida del original *Lectura obligatòria*,  
por el mismo autor y publicada por Tabarca Llibres.

© De la traducción: Carlos Durá Herrero

Portada: Nina Llorens  
Maquetación: Tabarca Llibres  
Impresión: Leitzarán

ISBN: 978-84-8025-485-4  
DL: V-81-2019



# TABARCA NARRATIVA

COLECCIÓN DIRIGIDA POR JOSEP PALOMERO

1. DHALIA\_16. Pétalos en la red – Olga Borràs Boada
2. NADA QUE ESCONDER – Anna Boluda Gisbert
3. LECTURA OBLIGATORIA – Carlos Durá Herrero
4. LA CUEVA DEL LOBO MARINO – Nati Pérez Caselles
5. ESTRELLA DE INVIERNO – Roser Barrufet i Soldevila

MUESTRA  
WEB

A black and white photograph of a hand dropping a book into a trash bin. The hand is wearing a bracelet and is positioned as if releasing the book into the bin. The book is partially inside the bin, with its cover visible. The background is a textured wall.

# LECTURA OBLIGATORIA

Carlos Durá Herrero

The logo for TABARCA LIBRES, featuring a stylized bird or wing above the text.

**TABARCA**  
LIBRES

The logo for Marfil, featuring a stylized horse head profile above the text.

**Marfil**

The logo for CCIR EDITORIAL, featuring a stylized 'C' inside a diamond shape above the text.

**CCIR**  
EDITORIAL

# MUESTRA WEB

*Para mi madre*

*“Pero, con todo, alababa en su autor aquel acabar su libro con la promesa de aquella inacabable aventura, y muchas veces le vino deseo de tomar la pluma, y dalle fin al pie de la letra como allí se promete; y sin duda alguna lo hiciera, y aun saliera con ello, si otros mayores y continuos pensamientos no se lo estorbaran.”*

EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA

Miguel de Cervantes Saavedra.



## EL MONSTRUO

Cuando se despertó, la foto aún estaba allí. Eran las cinco de la mañana y Alba era la primera que se había levantado, inquieta, con los ojos somnolientos y en pijama, mientras la casa permanecía aún en la quietud y el silencio de la madrugada. Hacía frío, pero ella no lo notaba. La calefacción, que su padre programaba con cuidado para que toda la casa estuviera caldeada cuando se levantarán de la cama, todavía no estaba encendida. La luz de la pantalla del ordenador se le reflejaba en la cara e iluminaba débilmente su habitación cerrada.

La noche no había sido tranquila. Apenas había podido dormir, dándole vueltas a la cabeza, aunque recordaba momentos de sueño con escenas brumosas donde se repetía la foto una y otra vez. Cuando por fin había renunciado a dormir, se había levantado para encender el ordenador y volver a comprobar, para desgracia suya, que la foto aún estaba colgada.

La foto. La primera reacción había sido de incredulidad: Marta le había dicho que la había visto. Que no la buscaba,



pero que se la había encontrado en la Red. No podía ser: ni siquiera Marta, su querida Marta, a quien se lo contaba todo, sabía de la existencia de aquella foto. Aunque eran buenas amigas, las mejores, siempre hay algún secreto que se esconde. Y la vergüenza, o la culpabilidad, habían hecho a Alba omitir aquel detalle de su relación con Santiago.

¿Cómo era posible que él hubiera sido capaz? Porque estaba claro que había sido él. Su novio había hecho la foto y solo ella tenía una copia. ¿Quién, sino él, había compartido aquel fragmento de su historia, de su memoria de pareja? Era su secreto, su momento, la prueba de su amor... Que ahora podía estar al alcance de todo el mundo.

Y allí estaba ella en la foto: perfectamente reconocible, con los ojos rojos por el flash y la sonrisa de felicidad eterna. Su habitación era el decorado. Un escenario tan normal pero a la vez tan íntimo que daba miedo saber quién podía haber tenido acceso. En cierta manera, lo que se veía en la pantalla era como un espejo, porque la foto había sido tomada en la misma habitación y prácticamente desde el mismo ángulo. Los libros amontonados en los estantes. Desastre de ropa. Objetos diversos. Eso sí, parecía que había transcurrido una eternidad.

Santiago era el tío más atractivo de todo el curso. Fuerte, deportista, simpático y siempre con alguna palabra bonita para todos. Y para todas. Cualquiera chica de clase se sentía muy bien tratada por él, incapaz de sacar un defecto o de quedar mal con alguna. Cuando era preciso, lucía una sonrisa de dientes perfectos, con los ojos medio entornados y una mirada ladeada de lo más interesante, lo que había hecho que más de una se enamorara perdidamente de él, pero



el chico parecía que solo tenía la cabeza para su equipo de fútbol.

Por eso, Alba fue la primera sorprendida cuando Santiago se le acercó un día con intención. Aunque habían hablado muchas veces y él siempre era amable con ella, la conversación de aquella tarde no dejaba lugar a dudas: Santiago estaba por Alba y ella estaba encantada de ser la escogida para ser la novia del chico más popular del instituto.

¿Se había enamorado de él? ¿Realmente había querido seguir adelante con aquella historia? La pregunta le rondaba ahora por la cabeza, enfrentada a su foto en la pantalla del ordenador, pero la seducción del chico aquella primera tarde, lejana y mágica, era imposible de rechazar: el cine, el kebab, el paseo... Santiago hizo que se sintiera cómoda, querida, escuchada. Le preguntó por sus cosas, la hizo reír, se mostró tan simpático como siempre, pero ahora solo para ella. Hizo que se sintiera especial. Y la cosa iba lenta: la mano en la oscuridad, el beso en los labios al decirse adiós. No se sintió ni amenazada ni presionada. Si aquel no era el mejor novio del mundo y aquellas horas no eran el comienzo de una relación seria, nada en esta vida tenía sentido.

Nada tenía sentido. La foto en la pantalla del ordenador. En la Red. Su confianza, traicionada. El mundo de Alba se había hundido en un momento. Había pasado de la sorpresa inicial al disgusto. Santiago se había comportado como un cabrón. Ni siquiera se había dignado a cogerle el teléfono o a contestar los mensajes que ella le había estado enviando en las últimas horas, desde que descubrió la foto. O el móvil del chico estaba sin cobertura o se había quedado sin batería. O lo había desconectado.

Finalmente, Alba se arregló sin ganas. Se hacía de día poco a poco y sin remedio. Escogió cualquier cosa para ponerse, olvidándose del frío que se encontraría fuera o si conjuntaban los colores. Le tocaba ir a clase, pero no tenía fuerzas. Fue a la cocina y se sentó murmurando una especie de buenos días a su familia. Hizo como que desayunaba, con un puño cerrado en medio del estómago. Por un momento tuvo miedo de que sus padres se enteraran de toda la movida: saldría a la luz qué hicieron aquella tarde de la foto, mientras ellos habían ido de compras con la hermana pequeña, y tendría que dar todo tipo de explicaciones. ¿Y si ya la habían visto? Observó a los demás por unos instantes: nadie parecía estar pendiente de ella. La madre reñía a la pequeña, que se distraía con los cereales, el padre miraba cualquier cosa en el móvil mientras se tomaba el café. Y se sintió aliviada por unos momentos. Su secreto, su foto, no les había llegado. De momento.

Los tres se comportaban con normalidad. La normalidad de la rutina, de los problemas que no eran problemas, de las preocupaciones que no eran preocupaciones, de las discusiones por nada. Alba sentía que toda su cabeza estaba ocupada por una pesadilla tan grande que de golpe todo se había vuelto viejo. Viejo y extraño. Afortunadamente, nadie se detuvo a mirarle la cara ni podían leerle sus pensamientos. Ventajas de las prisas matutinas.

El camino hacia el instituto se le hizo corto. No quería llegar. Quería regresar a casa, ponerse enferma, encerrarse en su habitación, borrar la foto. Pero no podía ser: había que ir a clase, disimular era mejor que llamar la atención de sus padres y hacerse de notar. La única esperanza era pasar desapercibida y esperar que la imagen no se hubiera extendido demasiado.



Miraba a los demás peatones y pensaba lo fácil que era vivir sin una carga como la suya. Algunos tenían prisa; otros, sueño. Todos iban abrigados para protegerse de la humedad y el frío de finales de enero. Parecían iniciar un día aburrido y previsible, sin que el mundo se les fuera a caer encima.

Al acercarse al instituto, se vio rodeada de compañeros, conocidos, gente de otras clases o cursos, personas que apenas eran nombres o caras, pero que ella identificaba claramente como parte del alumnado de su centro.

Cada mirada que se cruzaba con la suya le despertaba una horrorosa sensación de vergüenza. ¿Por qué la miraban así? ¿La miraban de alguna manera? ¿Habían visto la foto? ¿O era ella misma quien se lo imaginaba todo?

Primero se encontró con un grupo de chicos. Santiago no estaba entre ellos, pero sí Gonzalo. Se le acercó con mirada compungida. Alba empezó a temblar:

—Alba, si tienes un momento...

—Ahora tengo prisa.

—Es que quería disculparme por lo del otro día. Me comporté como un perfecto estúpido, porque pegarme no es mi estilo... Pero es que Santiago me pone de los nervios, con ese aire de superioridad y de...

—De acuerdo, no pasa nada. Dejémoslo estar.

Por un momento, Alba respiró aliviada. Si Gonzalo aún se disculpaba por la pelea, es que no había visto la foto. No todo estaba perdido.

—Perdona que insista, pero es que no puedo con él. Y más después de lo que te ha hecho...

Alba se quedó de piedra. Notó cómo le subía un golpe de sangre a la cara. La había visto.

—No sé de qué estás hablando.

—Alba, lo siento, pero lo que te ha hecho no tiene nombre. Sé cómo te debes de sentir y quiero que sepas que tienes todo mi apoyo...

Gonzalo continuaba hablando, pero Alba ya no lo escuchaba. El mundo desdibujaba sus contornos, desenfocando la cara de su interlocutor; amortiguando sus palabras, nublándole los pensamientos.

—Lo siento, pero tengo prisa.

Y Alba se marchó precipitadamente sin dirección, mareada y avergonzada, mirando solo sus pasos sobre el cemento helado de la mañana. Se sentía observada por todas las caras con las que se cruzaba y no quería mirar a los ojos de nadie. Tenía miedo de las sonrisas, de los comentarios, de los silencios. Incluso de la mirada comprensiva y solidaria. No quería dar lástima. No quería saber nada de nadie. Quería desaparecer. El cuerpo entero amenazaba con deshacerse en lágrimas, y buscó refugio en los lavabos.

Empujó la puerta del baño de chicas para encerrarse en una de las cabinas. Y entonces se rompió: empezó a llorar, incontroladamente, entre sollozos.

Fue Marta quien la encontró.

—Alba, ¿cómo estás?

—Déjame en paz.

Una cisterna se salía y el goteo se confundía con los mocos de Alba. Aunque era primera hora de la mañana, apesta a orines y el suelo ya estaba sucio.



—Escucha...

—¡Que me dejes en paz!

Sonó el timbre.

—Alba, abre la puerta, por favor...

—¡Que me dejes! ¡No quiero saber nada de nadie!

De fuera venían los ruidos del alumnado que gritaba por los pasillos, de las puertas que se abrían y cerraban, de las últimas carreras por entrar a primera hora. Finalmente, se hizo el silencio. Todo el mundo había entrado en clase, pero Marta esperaba al otro lado de una puerta cerrada.

—Es muy fuerte, ya lo sé, pero no puedo dejarte sola en este estado. Somos amigas, ¿no?

Alba intentó tranquilizarse. Respiró profundamente y se sonó. No podía pasarse el día entero encerrada en el baño. Así que abrió la puerta y, sin levantar los ojos del suelo, se dejó abrazar por su amiga y siguió llorando sin consuelo.

Tardó aún un paquete de pañuelos en poder articular alguna palabra coherente.

—Marta, Santiago es un...

—¡Insúltalo! No te preocupes, que se lo merece todo...

—Me siento fatal, Marta. Y me sabe mal no haberte dicho nada antes. Debes de pensar que soy una mala amiga.

—Eso no importa ahora. Lo que importa es que salgas ahí afuera con la cara bien alta, porque tú no has hecho nada malo. Ha sido ese Santiago...

—Tengo que hablar con él. No puedo creer lo que me ha hecho... Yo confiaba en él. Necesito saber qué ha pasado.

Salieron del baño. Los pasillos estaban vacíos. Desde las aulas llegaban las voces monótonas del profesorado, insistiendo en explicar las cosas más importantes del mundo: la cadena trófica, el Siglo de Oro, la Revolución Industrial... Un rumor de conversaciones disimuladas entre el alumnado revelaba que no debían de ser tan importantes como para prestar atención a primera hora de la mañana.

Alba y Marta llegaron a la puerta de su clase y se detuvieron un instante antes de entrar. La profesora de francés les estaba poniendo un *écoute*. Sorprendentemente, el alumnado estaba escuchando. Dudaron un momento, pero finalmente Marta empujó la puerta al mismo tiempo que llamaba.

—¿Podemos pasar?

La profesora se puso un dedo en los labios y les hizo el gesto de entrar y sentarse en silencio. La grabación era lo único que se oía, pero las miradas mudas también hablaban.

*Longtemps, je me suis couché de bonne heure. Parfois, à peine ma bougie éteinte, mes yeux se fermaient si vite que je n'avais pas le temps de me dire: «Je m'endors.»*

Cuando Alba y Marta llegaron por fin a sus mesas al final de la clase, ya tenían claro que todo el mundo había visto la foto.

Alba aguantó la clase de francés como pudo. Le daba vueltas a la cabeza, a ver cómo y cuándo engancharía a Santiago. Quizá en el cambio de clase le daría tiempo de salir al pasillo y buscarlo en el aula de al lado. O tal vez sería mejor esperar a la hora del patio para encontrar un lugar apartado y decirle de todo sin montar una escena. Otra escena.



Marta se le acercó en el cambio de clase. El resto del alumnado también se levantó para charlar, para salir al pasillo, para ir al baño, para pedir deberes o material de dibujo, para quitarse ropa o ponérsela, para coger el bocadillo y dar un bocado... E incluso para mirar y volver a enviar la foto por la Red. Alba se explicaba, por fin, con su amiga, intentando no mirar a nadie más, para no sentirse tan observada y juzgada.

—Fuimos a mi casa el día de la pelea entre Santiago y Gonzalo. Yo estaba enfadada con los dos, pero poco a poco Santiago comenzó a tranquilizarme. Supongo que en el fondo me gustaba que dos chicos se pelearan por mí. Y ahora mira...

—¿Y tus padres?

—Estaban comprando en el supermercado.

—¿Y no teníais miedo de que volvieran?

—Es que también querían comprar algo de ropa para mi hermana pequeña. Y estábamos tan a gusto juntos...

—O sea, que él hizo la foto y te la envió de recuerdo...

—Sí. Y me juró que era algo de los dos, un secreto, un pacto... Después de tantos meses juntos, no me pude negar.

Cuando Marta iba a contestarle, pensando el calificativo que merecía por lo que había hecho, llegó el profesor siguiente, y al docente le costó unos cuantos minutos conseguir que cada uno volviera a su sitio, que guardaran los móviles y los bocadillos, que volvieran del baño, que interrumpieran las historias a medio contar, que aplazaran el relato de sus vidas hasta la hora del patio.

Los minutos no pasaban para Alba. Su cabeza preparaba la conversación con Santiago, escogiendo las palabras, con-



testando a lo que ella se imaginaba que él diría, perfeccionando el discurso enfadado y a la vez sereno que se merecía oír.

Finalmente, sonó el timbre. Sin dejar que el profesor acabara la frase, todo el mundo se levantó y fue hacia la puerta. Algunos cogían chaquetas; otros, bufandas. Algunas, las más presumidas, gorros de lana vistosos y llamativos. Llegaba la hora del desfile por el patio, de dejarse ver, de mirar y de comentar.

Sin embargo, para Alba era otra historia. Le hacía falta encontrar a Santiago y tenía que pasar de largo de los grupos que siempre se formaban. Seguro que murmurarían. Que la observarían de arriba abajo y que esconderían una sonrisa. Y ella, que nunca había sido el centro de todas las miradas, aquel día sería objeto de comentarios, de análisis y de especulaciones. ¿Qué había pasado?

Santiago no aparecía. No lo vio en los lugares habituales donde se ponían los chicos. Ni jugando a fútbol como hacía de vez en cuando. Gonzalo se le acercó.

—Ahora no, Gonzalo, por favor...

—Alba, escucha, quiero hablar contigo...

—Déjame estar, por favor.

—Entiendo perfectamente cómo te sientes y quiero ayudarte...

—¿Entenderme? ¿Ayudarme? ¡No tienes ni idea de cómo me siento! ¡Ni puedes ayudarme!

Alba estalló inmediatamente. La conversación con Gonzalo no la había preparado y le descargó toda su furia. El chico se quedó callado un momento, mirándola con cara de haberse quedado sin argumentos. Los ojos de Alba centelleaban de rabia. Y le lanzó la última andanada.



—Seguro que te ha llegado la foto y no has tenido el valor de negarte a verla.

Gonzalo tuvo que bajar la mirada. Y Alba, derrotada en la guerra pero vencedora en aquella batalla, dio media vuelta y se fue para continuar buscando a Santiago.

Aunque recorrió todo el patio, el chico no aparecía. Y su móvil continuaba muerto: ni una respuesta. Ni siquiera una señal de que hubiera leído o recibido los mensajes. Nada. ¿Cómo era posible que la ignorara tanto? Después de lo que habían compartido. Y de lo que había hecho.

Sonó de nuevo el timbre. Alba volvió a clase rodeada de compañeros, compañeras y conversaciones. Cualquier palabra que cogía al vuelo le parecía que comentaba la foto o que se lamentaba de su desgracia. El viaje escaleras arriba se le hizo eterno.

Finalmente, se sentó en el aula y esperó a que comenzara el rollo, como si fuera un bálsamo para aligerar sus preocupaciones. Por primera vez desde que tenía memoria, servía para algo prestar atención en clase.

Santiago la esperaba a la salida. Después de haber pasado toda la mañana buscándolo, el caradura estaba plantado junto a un árbol, en la calle, delante de la puerta principal. Se fue directa hacia él sin decirle nada a Marta, que la dejó ir, pensando que tenían que estar a solas.

La bofetada no sorprendió a Santiago, pero sí a algún despistado de primer curso que pasaba por allí. De lejos, y como quien no quiere la cosa, todo el instituto congregado en la puerta miraba de reojo. Igual que el día de la pelea con

Gonzalo, el corro convertía en espectáculo la retahíla de insultos que Alba dedicaba a Santiago.

—¿Cómo has podido? ¡Pensaba que me querías, que entre tú y yo había algo especial, que nunca serías capaz de traicionar mi confianza! ¡Mira lo que has hecho! ¡Todo el mundo me mira! ¿Por qué? ¿Por qué?

—Alba, yo no he sido. Te juro que yo no lo he hecho.

MUESTRA  
WEB



## FALTAN 15 DÍAS

—¡Qué rollo! ¡Esto es insoportable!

El grito me sale sin querer. Aunque estoy solo en mi habitación, no puedo evitar decir en voz alta mi *valoración crítica* inmediata.

—¡Qué rollo!

Cierro el libro. Y en un gesto instintivo, cabreado y simbólico, lo tiro a la papelera de mi habitación. La imagen es sugere: un libro en una papelera. La historia de Alba, Marta y Santiago se detiene y repaso mentalmente sus desventuras. ¿Cómo es posible que nos hagan leer una cosa así? ¿Cómo es posible que nos hagan leer? ¿Por qué?

—¿Pasa algo, Dani?

Mi padre, desde la otra punta de la casa. ¿Estaba hablando en voz alta?

—No, Arturo, no. Tranquilo.

A mi padre lo llamo por su nombre. Desde que no está mi madre, encuentro más natural llamarlo por su nombre. Arturo. Arturo y Dani. La extraña familia.

Necesito aire. Un paseo, una vuelta. Despejarme. Estirar las piernas. Me acerco al comedor, donde mi padre está haciendo el rompecabezas. 5.000 piezas esta vez.

—Arturo, me voy un rato.

—¿Dónde vas ahora, hijo?

Levanta ligeramente la cabeza y me mira por encima de sus gafas de lectura, pero que apenas usa para leer. La mano derecha se queda en el aire con una pieza de cartón de un color indeterminado. Debajo, decenas, centenares de piezas iguales a la espera de su lugar. El modelo de la caja es un barco hundiéndose en medio de una batalla naval.

—Bajo al parque. Necesito oxigenarme. Estoy embotado.

—¿A estas horas? Hace mucho calor.

—Es que no puedo con el libro. Descanso un poco y vuelvo.

—Como quieras, pero no tardes mucho.

Rellano, ascensor, patio y calle. Bofetada de calor. Sol. Ahora valoro el fresquito que hace en mi casa, gracias al aire acondicionado. Lo de empezar las clases tan pronto no ha sido una buena idea. ¿Por qué no podríamos haber comenzado a mediados de septiembre, como siempre? A estas alturas, seguro que ya no haría tanto calor.

Bajo al parque. Nadie. Lógico: con el bochorno que hace esta tarde, deben de estar todos en casa o en algún lugar con refrigeración artificial. Busco un banco a la sombra y pongo el culo sobre el respaldo y las zapatillas en el asiento. Me como la cabeza.

Acabo de empezar el libro de lectura obligatoria. Después de pasar de él durante días, el Topo ha insistido tanto que he



tenido que ponerme a leerlo. Pero estoy harto: no puedo continuar. Es un rollo. Y me puedo imaginar la moraleja: que si tenemos que ir con cuidado con lo que publicamos en las redes sociales, que si tenemos que usar bien el móvil... ¡El móvil! Con las prisas, me lo he dejado en la habitación. Ahora sí que estoy perdido.

Un padre despistado aparece con su pequeña criatura y el carrito. El hombre le habla a su hijo como explicándose:

—Ahora bajamos al parque un poco y dejamos que mamá descanse. ¿De acuerdo?

Me lo imagino: el niño se estaba ganando un guantazo por pesado y se lo ha bajado al parque a ver si así corre, grita y se tranquiliza. ¿Y la madre? Se ha quedado en casa para descansar un poco. Ella ha preparado la comida, ha recogido la cocina y ya llevaba todo la mañana ocupándose del niño. Ahora le toca a él. Y bajan al parque con este calor sofocante porque la madre ya está harta y así habla un poco por teléfono con la yaya, su madre.

A veces se me hace raro ver una familia normal. Bueno, normal o diferente de la mía. Desde que no está mi madre, Arturo y yo hacemos una extraña pareja. Él hace rompecabezas en el comedor cuando vuelve de trabajar y yo hago como que estudio mientras estoy entretenido con el móvil. Cenamos más o menos en silencio y volvemos cada uno a lo suyo. Pacto de no agresión.

El niño insoportable viene hasta mi banco y me ofrece su juguete. Un camión de bomberos. El padre se acerca para decirle que no moleste. Fuerzo una sonrisa.

—No pasa nada.

Pero me voy. A ver si encuentro a Álex y hablamos un poco. Necesito a alguien para no volverme loco. Voy a su casa. No vive muy lejos. Llamo desde abajo.

—¿Álex?

—Sí, ¿qué pasa?

—¿Bajas a dar una vuelta?

—Es que estaba leyendo...

—¿El libro de lectura obligatoria? ¿De verdad? No sé cómo puedes... Yo acabo de dejarlo. Paso de leérmelo.

—Ahora bajo.

Álex es un buen amigo. Saca mejores notas que yo, aunque eso no sea muy difícil. Ahora le ha sabido mal quedarse leyendo y baja para hacerme compañía. Un buen amigo es eso: quien deja de estudiar o de hacer lo que estaba haciendo para pasar un rato contigo. Baja rápido. Andamos otra vez en dirección al parque.

—¿Qué pasa, Dani? ¿No sabes que tenemos el control de lectura en quince días?

—¡Claro que lo sé! ¡El Topo lleva recordándonos la fecha del examen toda la semana! Pero es que no puedo... Te lo juro: no puedo.

—Pues a mí sí que me gusta. No tanto como el que me estaba leyendo, eso sí.

—¿Estabas leyendo otro? Eso ya es vicio...

—Sí, pero me lo he tenido que dejar. Era la historia de un guerrero que se enfada con su superior porque le ha robado a su chica, y por eso pasa de luchar en el sitio de la ciudad, pero cuando matan a su amigo...



—Parece más interesante que la vida de Alba y Santiago.

—En eso te doy la razón. Pero es un tema de actualidad, lo de las fotos y los móviles... ¿Te imaginas que te pasara a ti?

—A mí no me pasan esas cosas. Hacen libros sobre los temas que están de moda o que se supone que nos interesan... Nos dan consejos sobre el móvil, sobre los peligros de Internet... ¡Incluso sobre el riesgo de embarazo! Así ganan dinero a costa de soltarte el discursito.

—¿No crees que estás exagerando un poco? ¿Preferirías leer otra cosa?

—Preferiría no tener que leer por obligación.

—¿Pero tú lees si no te obligan?

—No, claro que no.

—Pues eso.

—Eso, ¿qué?

—Que te hacen leer para no ser un burro.

Álex me insulta de vez en cuando porque piensa que soy un perro. Y él es tan responsable que parece mi hermano mayor. Yo le dejo porque es un buen amigo y sé que puedo contar con él. Pero me defiende.

—Yo soy un burro tanto si leo como si no. Y si tengo que dejar de serlo, no será por los libros que me obliga a leer el Topo. Yo creo que le dan comisión... Seguro que se reparten las ganancias.

Llegamos al parque y buscamos instintivamente la sombra. Volvemos al banco de antes y ponemos el culo sobre el respaldo y las zapatillas en el asiento. El padre y el niño de la



madre atareada ya no están solos. Ahora hay también una pareja de abuelos con sus nietos. Es evidente que no son los padres, porque están demasiado atentos a las tonterías que hacen los niños. Y van armados de cosas buenas para merendar y ganarse el cariño de los pequeños. Abuelos. ¿Cuánto tiempo hace? Conocí a los padres de mi padre, pero las caras se me desdibujan. Ahora pienso que podrían ser estos que tengo delante. Y que se parecen a los míos. O no.

—¿Qué estás pensando, cabeza hueca?

—Nada. Bueno, sí... En los abuelos.

—¿Y?

—Que los padres tienen mucha cara. Míralos, con el calor que hace y los abuelos aquí en el parque para que los padres puedan tumbarse a dormir después de comer.

—Supéralo, Dani.

—No sé qué quieres decir.

—Que tu madre ya no está y tus abuelos, tampoco. Pasa página y deja de quejarte.

—Eso es muy fácil de decir.

—Por eso te lo digo.

—No me jodas, que he salido de casa para tomar el aire, no para que me sueltes el sermón de siempre. Solo te falta escribir una novela para decirme cómo tengo que vivir todo lo que me pasa.

—Tú mismo.

Los niños del parque meriendan a gusto. Me pregunto por qué no podría continuar siendo un niño, merendar en el parque, jugar con los abuelos... Y no tener que leer libros



por obligación ni hacer deberes... Yo qué sé.

—¿Qué harás el fin de semana?

—¡Uf! Lo de siempre... El sábado iremos a comprar Arturo y yo al híper; y el domingo, al burger a comer. Un plan perfecto. Y previsible.

—Ya estás quejándote otra vez. ¿Quieres que vayamos al cine?

—Sí, por qué no. ¿Hacen algo interesante que no tenga un número detrás?

—Claro que sí. Han adaptado por fin el libro de...

—¿Otro libro? ¡Estoy harto!

—¿Lo ves? No haces más que quejarte...

Tiene razón y lo sé. Por eso le dejo que me lo diga y que se pase de la raya. Álex es un buen amigo, que deja de leer o de estudiar para estar conmigo en el parque, con este calor infernal.

El parque se ha llenado por completo sin que nos diéramos cuenta. Los niños son multitud. Abuelos, abuelas, madres, padres y alguna canguro —aquella sí que está bien, sí— persiguen criaturas sudorosas. En realidad, todo el mundo suda. ¿Cuándo empieza el otoño?

—¿Vamos a La Bolera? Allí tienen aire acondicionado...

—Como quieras, pero no puedo quedarme mucho tiempo... Aún tengo faena para mañana.

—Estás fatal, Álex.

Y nos levantamos de un salto camino de La Bolera. El calor nos hace buscar los espacios de sombra de las aceras y los árboles raquíticos, que hacen lo que pueden.

El local está prácticamente vacío. Algún grupo de conocidos y otro de abuelos ociosos, pero nadie que valga la pena. Elegimos una mesa bien situada y pedimos un refresco.

—¿Hemos venido aquí por el aire acondicionado o para ver si aparece quien tú ya sabes?

—Por las dos cosas, Álex. Pero no te pases: que tú seas un rarito no quiere decir que los demás no queramos lanzar la caña...

—Con toda la faena que me queda por hacer... Y aquí estamos, a ver si aparece tu Dulcinea...

—Oye, no la insultes. Se llama Ana.

—¿Ves como eres un burro?

Y pasamos la tarde estupendamente bien. Nos bebemos el refresco, miramos cómo pasan las chicas y nos burlamos de los profes. Especialmente del Topo, que me obliga a leer libros horribles.



## GUÍA DE LECTURA

### AUTOR

CARLES DURÀ I HERRERO (Valencia, 1970). Licenciado en Filología por la Universidad de Valencia. Vinculado a la “Unió d’Escriptors del País Valencià” y al consejo editorial de Ediciones Bajo Cero, ha escrito unos cuantos libros de poesía, entre ellos: *El agua no espera palabras* (Premio “César Simón”, Denes), y *Mouseschwitz* (MLRS). También ha colaborado en los guiones del grupo de teatro El Cocodrilo Amarillo. Da clases de Lengua y Literatura en Secundaria y esta es su primera novela.

## ACTIVIDADES PREVIAS A LA LECTURA

1. ¿Qué te sugiere la portada del libro? ¿Por qué piensas que han escogido esta fotografía en concreto?
2. Hablemos ahora del título. Si estás leyendo este libro, es probable que sea una lectura obligatoria (o "recomendada"). ¿Por qué piensas que el autor ha elegido este título?
3. El libro comienza con una cita del *Quijote*. Es posible que hayas oído hablar de él, pero por si acaso, busca información sobre el argumento e intenta localizar el fragmento citado en la novela de Cervantes.

## ACTIVIDADES DURANTE LA LECTURA

4. De vez en cuando, algún personaje dice alguna frase que podría recortarse y utilizarse como cita para otro libro, porque expresa en pocas palabras alguna idea importante sobre la vida o el mundo. Subraya alguna que te guste y explica por qué.
5. La novela está organizada en capítulos, pero enseguida notarás que hay dos bloques diferenciados. ¿Por qué? ¿Ves alguna diferencia en el narrador?
6. Los capítulos de la historia de Alba comienzan con unas palabras que recuerdan o repiten las palabras iniciales de obras famosas de la literatura. ¿Has reconocido alguna? ¿Puedes explicar si la historia que cuenta tiene relación con el capítulo o su título?
7. El padre de Dani desaparece de casa. ¿Cuál crees que podría ser el motivo? Imagina una historia para explicar su desaparición.
8. Explica alguna anécdota que te haya ocurrido con un libro de lectura obligatoria.



## ACTIVIDADES PARA DESPUÉS DE LA LECTURA

9. Una vez terminado el libro, compara lo que has encontrado con lo que esperabas por el título, la foto, la contraportada, lo que te habían contado...
10. En grupos de clase, elaborad un *booktrailer* del libro. Se trata de hacer un vídeo de un minuto aproximadamente en el que aparezcan los temas del libro, los personajes, un poco del argumento... Como si fuera una película que están a punto de estrenar. ¡Recordad no hacer *spoilers*! Podéis disfrazaros para grabar alguna escena o utilizar imágenes o vídeos existentes. No olvidéis escoger la música adecuada.
11. Trata de explicar el sentido que tienen las citas de *El Quijote* y del *Tirant* al principio y al final del libro.
12. Dani abandona el libro de lectura obligatoria poco después de haberlo comenzado. Su padre tan solo leía el principio de las novelas. Puede que también hayas tenido la experiencia de haberte dejado un libro sin terminar. ¿Recuerdas por qué?
13. La novela tiene algunos elementos simbólicos. ¿Qué piensas que pueden representar los siguientes objetos?:
  - El libro de lectura obligatoria.
  - El rompecabezas de Arturo.
  - Las gafas de Arturo.
  - El contenedor de basura.
  - El folleto de propaganda del planetario de Castellón.
  - El teléfono móvil.
14. Intenta explicar qué quiere decir Dani con estas palabras: "Es injusto. Y yo que pensaba que la injusticia era fea y olía mal,

como aquel hombre que removía la basura. No: la injusticia también es bonita, perfecta y huele bien, como Ana.”

- 15.** Todos los personajes de la historia de Alba parecen haber tenido oportunidad de difundir la fotografía. ¿Quién piensas que ha sido el culpable de su difusión? ¿Y el responsable? ¿Por qué? Podéis organizar un debate sobre este tema en la clase.
- 16.** Fíjate ahora en el personaje de Gonzalo. ¿Qué opinas sobre lo que le pasó? ¿Conoces algún caso parecido?
- 17.** Uno de los temas que trata el libro es el de las lecturas obligatorias. Si leer libros parece conveniente, ¿qué se podría hacer para animar y motivar la lectura?
- 18.** Inventa otro final para el libro que has leído.

# ÍNDICE

EL MONSTRUO .....	13
FALTAN 15 DÍAS .....	25
FALTAN 9 DÍAS .....	33
NOSOTROS .....	43
EL ORIGEN .....	45
FALTAN 8 DÍAS .....	51
EL INSECTO .....	55
PEDRO CAMPS .....	61
FALTAN 7 DÍAS .....	67
FALTAN 6 DÍAS .....	71
FALTAN 5 DÍAS .....	75
EL HEREDERO .....	79
EL JUEVES .....	83
PUNTOS DE VISTA .....	87
FALTAN 4 DÍAS .....	89
EL PAÍS .....	93
HERMANAS .....	95
FALTAN 3 DÍAS .....	99
NO HAY NADA QUE HACER .....	105
BÚSQUEDA .....	107
FALTAN 2 DÍAS .....	109
LA FAMILIA .....	113
PADRE .....	115
FALTA 1 DÍA .....	119
EL DÍA .....	127
GUÍA DE LECTURA .....	135



**CARLOS DURÁ HERRERO** (Valencia, 1970).

Licenciado en Filología por la Universidad de Valencia. Vinculado a la “Unió d’Escriptors del País Valencià” y al consejo editorial de Ediciones Bajo Cero, ha escrito unos cuantos libros de poesía; entre ellos *El agua no espera palabras* (Premio “César Simón”, Denes), y *Mouseschwitz* (MLRS). También ha colaborado en los guiones del grupo de teatro “El cocodrilo amarillo”. Imparte clases de Lengua y Literatura en Secundaria y esta es su primera novela.

**LECTURA OBLIGATORIA** ¿Te han “recomendado” leer este libro? ¿Lo has comprado porque es de lectura obligatoria en tu instituto o colegio? Pues ya sabes qué tienes que hacer: mira cuántas páginas tiene y calcula cuánto tiempo te queda para hacer el trabajo o el examen. No: no lo busques en Internet. No encontrarás el pdf ni un resumen en condiciones. No te queda más remedio que gastarte el dinero o hacer algún acto ilegal. Pero ahora no, porque la persona encargada de la librería te está mirando. Venga, ayuda al autor a ganarse la vida honradamente. No te arrepentirás: lee.

ISBN 978-84-8025-485-4



9 788480 254854

